

MADELEINE

Judith Sánchez Marrero

Marzo de 1628, en algún lugar cercano al Pirineo francés

La nieve inmaculada que cubría aquellos solitarios caminos de montaña se encontraba ahora surcada de grandes huellas salpicadas de gotas color carmesí. Al final de aquel inusual reguero corría una silueta que parecía flotar sobre el manto blanco. Calzaba unas raídas botas de montar y sus holgadas ropas masculinas no correspondían al esbelto cuerpo que las vestía.

La joven Marta huía con el terror marcado en los ojos y un río de sangre manando de sus labios, exhalando espirales de vapor que le abrasaban la garganta a cada bocanada. Una voz rasposa soltó un exabrupto en francés a su espalda, y fue tan cercano que hizo que se le erizara cada nervio del cuerpo. Apretó el paso y al alzar la vista vio dos caballos negros en el punto exacto en el que el horizonte se fundía con el bosque. Eran dos caballeros ataviados con capas oscuras y sombreros cuyas alas les cubrían el rostro casi por completo.

- ¡Alto en nombre del rey! -gritó uno de los jinetes. El otro alzó un mosquete y apuntó a la cabeza de Marta mientras recorría las últimas zancadas que les separaban con las manos levantadas en el aire. Ambos llevaban la flor de lis marcada en sus ropajes.

Se dio la vuelta y vio al viejo agresor a pocos pasos, con una brecha en la cabeza que sangraba abundantemente y la ira en sus ojos de sapo. No había escapatoria posible. A un lado, mosqueteros del rey Luis XIII, y al otro, un ser vil al que había confundido con un buen samaritano. En medio de aquello, una joven fugitiva española que solo podía pensar en cuán diferente hubiera sido su vida si hubiera nacido como un varón.

Marta había nacido hija de un hidalgo al borde de la bancarrota que solo conservaba unas pocas tierras de naranjos en Valencia. Su madre había muerto cuando ella tenía seis años, durante un parto en el que no sobrevivieron ni ella ni la criatura. A falta de un heredero que pudiera dar continuidad al apellido y reclamar las tierras en el futuro, su padre volvió a contraer matrimonio con una joven de porte soberbio y modales refinados que nunca se acostumbró del todo a la vida en el campo.

Al principio, Marta no representó ninguna amenaza para las ambiciones de su madrastra, una mujer joven y sana que pronto daría a luz a un varón que heredaría la hacienda familiar, mientras que ella casaría con un noble que aceptara su dote y se convertiría en la esposa y madre para las que había sido criada. Pero el destino raramente sigue los caminos de la voluntad, y en los siguientes años la esposa de su padre dio a luz a dos niñas, la última de las cuales truncó para siempre sus esperanzas de concebir otro hijo.

De pronto Marta, convertida en una adolescente lista pero impetuosa, era la heredera de la hacienda y esta pasaría a manos de su marido en cuanto se casara. Además, la muchacha estaba dotada de un sentido inaudito que le permitía distinguir la verdad de la mentira con una

precisión absoluta y era un secreto a voces en el pueblo que había pactado con el demonio a cambio del tal don. Y en tiempos como aquellos, en los que se pronunciaba el nombre de la Santa Inquisición en voz baja era peligroso sobresalir del dogma o interponerte en las ambiciones de alguien poderoso. Muchos habían ardidido en la hoguera por acusaciones más leves. Llegaron un día de otoño, cuando las hojas ya formaban en el suelo una alfombra anaranjada. Era un hombre vestido de negro, acompañado de un sacerdote y que traían con ellos el aroma inconfundible del Santo Oficio. Primero se asentaron en el pueblo e interrogaron a los vecinos sobre la extraña hija del hidalgo, que era capaz de leer los corazones de los hombres. Luego, cuando creyeron tener todas las pruebas que demostraban la herejía, entraron en la casa familiar y exigieron interrogar a Marta para garantizar el bienestar espiritual de la comunidad.

Muchas preguntas le hicieron, y muchas trampas le tendieron con palabras complicadas y malas intenciones, pero el talento de Marta le permitía esquivar las acusaciones ocultas en la falsa piedad. Poco después de Navidad, el destino de Marta quedó sellado cuando los hombres del Santo Oficio decidieron trasladarla a Toledo para beneficio de su alma. Ya había escuchado suficientes historias de pobres herejes judaizantes como para saber que aquel traslado solo sería una mera forma de acelerar la confesión bajo tortura. Sabía de muchos que habían cantado pecados atroces que no habían cometido solo para que el verdugo dejara de arrancarles las uñas una a una con unas tenazas al rojo vivo.

La noche antes de su partida, se secó las lágrimas de los ojos y decidió que si quería salvar su vida debía arriesgarlo todo. Conocía la naturaleza de la gente que la rodeaba, sabía quién había lanzado la acusación falsa contra ella y estaba convencida de que negar el crimen surtiría el mismo efecto que intentar apagar una hoguera a soplidos.

Con la ayuda del ama de llaves, la única sirvienta que no guardaba lealtad a su madrastra logró escapar con una alforja llena de sus pocas pertenencias y algo de dinero y puso rumbo a Madrid. Ya en la capital del imperio y bajo un apellido falso, comenzó a servir como criada en las

cocinas de un noble de la Corte. Su aguda inteligencia y su nobleza de carácter le permitieron ascender en poco tiempo.

Durante una recepción a la que acudieron los más destacados grandes de España, la hija de sus amos perdió un collar de gran valor. Se formó un pequeño escándalo en el que se lanzaron acusaciones cruzadas, y solo la intervención de Marta con su prodigioso don de descubrir mentiras resolvió que uno de los criados lo había robado. Poco sabía ella que el propio conde duque de Olivares, el valido de su majestad el rey Felipe, se hallaba presente en el acto y se había interesado por su talento.

En las siguientes semanas Marta fue llevada a la presencia de Olivares y entrenada para dar ventaja a España en asuntos diplomáticos. Aprendió etiqueta, idiomas, e incluso esgrima, de forma tan limitada como podía aprenderla una mujer respetable de la capital. Su misión era presenciar encuentros secretos de diplomáticos y decidir si sus intenciones eran realmente las que decían. Tan solo un ligero cambio en el tono de voz o un movimiento de manos fuera de lo común servía para delatar el engaño, y ni los más experimentados políticos pudieron escapar de su análisis.

En pocos meses se convirtió en el arma más peligrosa de la política del conde duque. Sí, le había ayudado a conseguir tratos provechosos tanto con embajadores de otros países, como con nobles y políticos españoles, pero en una época como aquella, en medio de las hostilidades con Francia, y todas las tensiones en Flandes, Portugal y Cataluña, el gobierno no podía permitirse una grieta en forma de joven que conocía todos los secretos de Estado y que podía venderlos al mejor postor. Por eso, cuando los viejos vientos soplaron y levantaron sus antiguas acusaciones de brujería, fue el propio Olivares quién envió al Santo Oficio a la puerta de su casa.

Pasó un año en prisión soportando tormentos, enfermedades y penurias, bailando al borde de la muerte más veces de las que podía recordar. En la celda de al lado había un prisionero francés al que los guardias apodaban cruelmente Monsieur y que debía llevar más tiempo que ninguno de ellos allí, porque había perdido completamente el juicio.

Por las noches se escuchaba su risa desquiciada revotando por los fríos muros de piedra, como un fantasma lastimero que arrastra su alma desde el purgatorio, poniéndole la piel de gallina.

Asistir todos los días a la agonía de aquel pobre hombre fue una de las razones por las que Marta confesó un pacto con el diablo que jamás había tenido lugar antes de que acabara el año. Tenía la esperanza de que los fríos brazos de la muerte aliviaran todo el dolor que había padecido mientras aún conservara la cordura.

La noche antes de su ejecución ella ya sentía que su corazón había dejado de latir. Tan solo tenía la mirada perdida en sus manos cubiertas de vendas mugrientas. Había golpeado la pared en varias ocasiones con el puño desnudo, incapaz de manejar la impotencia que la consumía, la rabia que le provocaba no poder defender su inocencia frente a un tribunal justo, de ver que su vida pendía de las manos de aquellos hipócritas.

Un guardia entró haciendo tintinear las llaves que la separaban de su libertad y la arrastró fuera de la celda. De pronto, un líquido cálido y con olor metálico se vertió sobre su cabeza. Cuando alzó la vista vio una punta metálica sobresaliendo de la garganta de guardia, que cayó sobre ella mientras se ahogaba en su propia sangre. Clavada en su nuca había una pequeña daga de empuñadura dorada y una flor de lis adornando la hoja. El prisionero francés se retorció a carcajadas en su jergón, murmurando palabras sin sentido con su maraña de pelo rubio y grasiento tapándole la cara casi por completo.

Sus recuerdos estaban envueltos en una espesa niebla desde entonces. Sacó la daga de la garganta del guardia y corrió por los pasillos oscuros de la prisión hasta que sus pulmones ardieron. Se cruzó con algunos hombres que trataron de impedirle el paso, pero lo siguiente que conseguía recordar con claridad eran sus ojos, abiertos como los de un búho, mirando a su reflejo en las aguas teñidas de rojo de un arroyo mientras luchaba por librarse de la sangre reseca de su rostro y manos.

El resto es historia. Robó las ropas de unos jóvenes mientras se bañaban en el río y sin otra compañía que la daga del Monsieur recorrió los caminos hacia el norte hasta cruzar la frontera con Francia, justo cuando el crudo invierno comenzaba a amainar. Conoció a un anciano jornalero que le permitió quedarse en su casa por una noche e ignorando la negativa de su instinto aceptó. Cuando descubrió las intenciones que tenía aquel hombre para ella no dudó en golpearle con lo primero que encontró y correr en medio de la nieve hasta acabar frente a los dos caballeros que portaban la flor de lis en sus emblemas.

- ¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor! -suplicó a los soldados, refugiándose entre ambos caballos.

- ¡Esta ramera española me atacó en mi propia casa! -gritó el hombre señalándola con el dedo como un energúmeno-. Exijo que la justicia del rey caiga sobre ella.

- ¡Él trató de forzarme! -gritó Marta con el coraje surgiendo del interior de su miedo.

- ¿Qué estáis haciendo a este lado de la frontera? -preguntó uno de los caballeros, quien supuso que era el líder. Su voz era autoritaria y sus ojos azules pétreos.

Marta se mordió la lengua antes de contestar. ¿Qué iba a decirles? ¿Qué era una acusada de brujería? ¿Qué había servido como espía para uno de los más despreciables enemigos del cardenal Richelieu? Estaría colgando de un árbol en cuanto pudiera darse cuenta, o tal vez algo incluso peor...

- ¿Os niegas a contestar? -preguntó el otro, un hombre joven y gallardo de bigote y perilla bien arreglados y cuyo sombrero estaba decorado con una elegante pluma-. ¿Creéis que es prudente despreciar así a las personas de las que depende vuestra vida?

- Mi vida depende de mí misma. Moriré antes que pronunciar otra palabra.

- Esto es todo lo que se puede esperar de ese nido de traidores y mentirosos que es España-. escupió el viejo con desprecio.

- La reina a la que servís es española -increpó Marta con el cuerpo rígido por el frío y la ira-. Y la hermana de vuestro bien amado rey Luis pronto dará a luz al heredero del trono español...

- No es más que una serpiente venenosa. Déjenmela a mí y me encargaré de que nunca sea una amenaza para nuestra gloriosa patria. Antes de que Marta pudiera responder, el líder habló por ella:

- El rey agradece sus desvelos por la patria, pero seremos nosotros quienes nos encarguemos de decidir si la joven es una amenaza o no.

- Ahora si nos disculpa tenemos trabajo que hacer, a no ser que tengáis más peticiones -repuso el otro, apuntando descaradamente con el mosquete al viejo, que se marchó balbuceando con la testa abierta más rápido de lo que había llegado.

Marta aprovechó aquel momento de confusión para agarrar la empuñadura de la espada del caballero del sombrero elegante y de un tirón la sacó de su vaina. Luego se lanzó colina abajo en zigzag y se ocultó entre los árboles antes de que cualquiera de los jinetes pudiera gritar de sorpresa. Durante unos minutos que se hicieron eternos se arrastró sobre la nieve y el fango, ocultándose entre un conjunto de rocas cubierta de musgo y árboles de ramas bajas. No tardó mucho en oír los cascos de los caballos cerca de ella. Asomó la cabeza entre la maleza y distinguió a los animales a corta distancia, pero sin sus jinetes. Alarmada, se dio la vuelta en el

momento justo en el que una bala de mosquete impactaba contra el tronco de un árbol a pocos centímetros de su cabeza, haciendo saltar trozos de corteza con olor a quemado sobre la nieve.

El líder se acercó a ella con la espada desenvainada mientras el otro se quedaba rezagado apuntándole con su arma. Marta supo en aquel momento que iba a morir. Era inevitable y ante ella tenía dos opciones igual de desalentadoras: arrodillarse y llorar una última súplica o luchar hasta el último aliento. No necesitó mucho tiempo para decidirse, y asiendo la empuñadura de la espada con tal fuerza que los nudillos se le tiñeron de blanco, embistió al mosquetero, que repelió su ataque con un solo movimiento de muñeca. En vez de perder el equilibrio, usó la trayectoria del movimiento para volver a atacar, siendo rechazada a cada intento. El caballero la miraba de forma impasible, con su rostro como una estatua esculpida en mármol. No hizo amago de atacar en ningún momento, ni su compañero de disparar.

Estaban más bien concentrados en ella, como si cada movimiento que hiciera revelara un trozo de su historia.

Marta estaba cada vez más cansada. Tantos meses en la prisión, con unas condiciones tan duras y una alimentación tan pobre, además de aquel largo viaje, habían dejado mella en su cuerpo. No tardó mucho en caer de rodillas, sin apenas aliento.

- Se acabó el juego. Ahora vendréis con nosotros y responderéis a nuestras preguntas -dijo el caballero quitándole la espada de las manos y devolviéndosela a su camarada-. Procura no perderla la próxima vez -le dijo sin un solo ápice de jocosidad en la voz.

Desolada, Marta bajó el rostro y murmuró una última oración. Se llevó una mano al vientre y de entre los pliegues de su ropa sacó brillante como la luna la daga que le había dado la libertad la primera vez.

- ¡Lleva un arma! -exclamó el caballero elegante alzando de nuevo su fiel mosquete.

Antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo a reaccionar, el filoso acero estaba presionado la yugular de la joven.

- No volveré a España -sentenció Marta con la voz potente de un trueno-. Y tampoco acabaré mis días en una prisión francesa. Prefiero acabar con mi vida yo misma, aquí y ahora.

Había tanta determinación en su rostro y tal vacío en su mirada que los hombres del rey comprendieron que la vida que había llevado hasta ahora era peor que la muerte, y que nada la pararía si pensaba que en Francia sufriría el mismo destino que en su país natal.

- Habláis un francés perfecto, tenéis conocimientos del dominio de la espada y os comportáis como un soldado que está dispuesto a morir antes que aceptar la deshonra de una derrota -dijo el mosquetero autoritario sin despegar su mirada fría como el hielo de ella-. No sois una campesina, ni un miembro de la nobleza. Y no matasteis al anciano a pesar de que ibais armada...

- ¡No soy una asesina! -exclamó ella empuñando el cuchillo con más fuerza. Una solitaria gota de sangre se deslizó por su cuello desde el pequeño corte superficial hasta perderse en la tela de la camisa.

- Sé que no lo sois. La opción más evidente es que seáis una espía, pero hay algo más...

- ¿Dónde están vuestras lealtades?

- Aquí -dijo ella señalando con la otra mano su pecho, justo donde su corazón latía desorbitado. Tiró de la capa y dejó al descubierto su hombro izquierdo. Sobre la piel pálida destacaba una rosada quemadura mal curada en forma de crucifijo. Si iba a morir, poco le importaba a Marta que aquellos extraños caballeros supieran su secreto-. Estaba en prisión cuando se desató una terrible tormenta. Todos los carceleros sabían que yo estaba condenada por pactar por el diablo y uno de ellos decidió que la mejor manera de minar mi poder y amainar el tiempo era dejar la señal de

Cristo sobre mí -varias lágrimas de impotencia cayeron sobre la helada nieve-. He sido traicionada, encarcelada, torturada y marcada como un animal por fanáticos supersticiosos que justifican sus ambiciones con horcas y hogueras. Sí, fui una espía de Olivares, que se aprovechó de mi talento mientras pudo y luego se deshizo de mí como de un caballo viejo al que hay que sacrificar. ¿Dónde están mis lealtades preguntáis? Mi lealtad está en la justicia y en el lugar en el que por fin pueda vivir en paz. Pero me temo que eso ya no importa.

Hubo unos segundos de silencio en el que los caballeros la miraron fascinados. Marta alzó los ojos al cielo grisáceo y probó el sabor metálico de la sangre en su boca, pensando que sería lo último que sentiría antes de morir. Aflojó la muñeca, lista para acabar con su vida cuando el caballero líder volvió a hablarle.

- No habéis luchado tanto para morir aquí, justo después de haber llegado a vuestro destino.

- ¿Y a vos que os importa el destino de una muchacha como yo?

El soldado se agachó para ponerse a su altura. Hubiera sido muy fácil para Marta apuñalarle en el corazón a esa distancia, pero no se movió. Tenía curiosidad por saber lo que tenía que decirle.

- Yo también creo en la justicia y en el honor, y el trato que habéis recibido en España y dentro de nuestras fronteras no lo es.

- ¿Qué intentáis decirme?

- Que estos caminos son peligrosos para una mujer, por muy vestida de doncel que vaya- dijo señalando con la barbilla las gastadas ropas que llevaba-. Y que sería más seguro para vos acompañarnos hasta París, donde podréis empezar una nueva vida y olvidarlo... todo.

Marta los miró enarcando las cejas. Había algo en su tono que dotaba a sus palabras de un sentido más profundo, pero no pudo identificarlo. Normalmente se le daba bien averiguar los sentimientos de la gente, pero con él era tan difícil como intentar ver a través de una pared. El mosquetero elegante ya no le apuntaba, y no había ni rastro de hostilidad en su actitud. Miró a los ojos impasibles del caballero y contuvo el aliento. Sus piernas se negaban a acompañar a aquellos extraños enemigos de su patria, pero su instinto, aquel al que haber ignorado le había traído tantas desgracias, le decía que confiara en aquellos hombres. En la Corte había oído historias sobre los mosqueteros del rey Luis de Francia, seres viciosos y perversos que se deleitaban en matar y cuyos nombres provocaban pavor en los campos de batalla. Hacía un gran salto de fe al confiar en ellos, pero, ¿qué opción tenía?

Con lentitud bajó la mano que sostenía el cuchillo y agarró la del soldado, que le ayudó a levantarse. Se cubrió con la capa, ocultó sus largos cabellos bajo la capucha y montó junto con el caballero del mosquete, que parecía ser quien más simpatía le manifestaba.

- Si vais a acompañarnos durante un viaje tan largo deberíamos al menos conocer vuestro nombre -comentó cuando salían a trote del bosque de ramas retorcidas, como largos dedos congelados que intentaban atraparlos.

Marta todavía no había pensado en eso. Ahora que cabalgaba en dirección a su libertad, veía un nuevo mundo abierto lleno de posibilidades, y en cierto modo, su nombre sería el primer ladrillo que construiría su nueva vida, una en la que jamás tendría que volver a ocultarse o a tener miedo.

- Madeleine -dijo con la voz más alta y clara que había tenido en años-. Podéis llamarme Madeleine.